ESCENA VI.

LUISA con la limonada. — Dichos.

LUISA. — (*Con los ojos encendidos de llorar, y con voz temblorosa, ofrece al Mayor el vaso de limonada en un plato.*) V. dirá si le parece demasiado cargada.

FERNANDO. — (*Toma el vaso, lo deja y se vuelve hácia Miller.*) ¡Ah!... Ya casi lo habia olvidado. Perdone V., Miller, si me atrevo á pedirle una cosa. ¿Quiere V. hacerme un pequeño favor?

MILLER. — Mil que sean... ¿Qué quiere V.?

FERNANDO. — Me estarán aguardando para comer y por desgracia no me siento muy bien; me es imposible ver á nadie. ¿Quiere V. llegarse á casa de mi padre, y excusarme?

LUISA. — (*Asustada, interrumpiéndole.*) Puedo ir yo.

MILLER. — Será necesario ver al Presidente, ¿verdad?

FERNANDO. — A él en persona, no. Puede V. dar el recado á un ayuda de cámara. Ahí está mi reloj como en prueba de que va V. de mi parte... A la vuelta estaré todavía aquí... Aguarde V. la contestacion.

LUISA. — (*Con viva inquietud.*) ¿Y no puedo encargarme yo de todo eso?

FERNANDO. — (*A Miller que se dispone á salir.*) Oiga V. una palabra. Tome V. esa carta para mi padre que me dieron esta noche, cerrada como está... Negocios urgentes sin duda. Al mismo tiempo la entrega V.

MILLER. — Está bien, Baron.

LUISA. — (*Se coge á él con la mayor ansiedad.*) Pero, padre mio, si yo puedo encargarme de todo eso...

MILLER. — ¡Sola, hija mia, con una noche tan oscura! (*Se va.*)

FERNANDO. — Alumbra á tu padre. (*Mientras Luisa acompaña á Miller alumbrándole, se acerca él á la mesa y echa un veneno en la limonada.*) Sí, fuerza es que muera; fuerza es. Hasta las celestes potestades parecen hacerme señas de que la mate. Lo quiere la venganza del cielo... Su ángel bueno la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO y LUISA.

(Luisa vuelve con paso lento, deja la luz encima de la mesa, se sienta en extremo opuesto al Mayor, cabizbaja, y mirándole de vez en cuando con cierta timidez. Él permanece en pié al otro lado, fija la vista en el aire. Larga pausa.)

LUISA. — ¿Quiere V. acompañarme, señor Walter?... voy á tocar un poco el piano. (*Le abre. Fernando no contesta. Pausa.*) Me debe V. una partida de desquite al ajedrez. ¿Quiere V. jugarla, señor Walter? (*Nueva pausa.*) ¿Sabe V., señor Walter, que he empezado ya á bordar para V. la cartera que le prometí? ¿Quiere V. ver el dibujo? (*Nueva pausa.*) ¡Ah, qué desgraciada soy!

FERNANDO. — (*Irónicamente.*) Puede ser.

LUISA. — No es culpa mia, señor Walter, si sostengo tan mal la conversacion.

FERNANDO. — (*Aparte, con amarga sonrisa.*) ¡Y qué puedes hacer ¡infeliz! con mi extremada reserva!

LUISA. — Ya sabia yo que no congeniaríamos más. Por eso me asusté, lo confieso, cuando hizo V. salir á padre. Me parece que ese momento ha de sernos insoportable á ambos, y si V. lo permite, iré á buscar algunos amigos mios...

FERNANDO. — Sí, hazlo. Yo iré tambien por algunas amigas.

LUISA. — (*Mirándole confusa.*) ¡ Señor Walter !

FERNANDO — (*En tono sarcástico.*) Por mi honor, que me parece esta la más ingeniosa salida que pueda ocurrírsele á nadie en semejante situacion. Tomaremos á risa esa entrevista, y divertiremos las penas del amor con algunas galanterías.

LUISA. — Parece que está V. de buen humor, señor Walter.

FERNANDO. — ¡ Y tanto !... Capaz soy de divertir hasta á los chicuelos de la calle. Dígote, Luisa, que tu ejemplo me sirve de leccion. Has de ser mi institutriz. ¿ Qué locos, verdad, los que hablan de amor eterno ?... ¡Pues digo !... La eterna uniformidad repugna. En el variar está el gusto. Daca esa mano, Luisa ; soy de los tuyos. Eche cada cual por su lado, y corramos de aventura en aventura, rodando por el cieno. ¿ Quién me dice que no recobre en algun burdel la tranquilidad perdida ? Mira, quizá despues de nuestras calaveradas, volveremos á vernos tan campantes. Estaremos hechos unos esqueletos, eso sí, pero hemos de reconocernos, como en las comedias, por el pelaje, que no puede negar ningun individuo de la caterva. Verás cómo vamos á averiguar entonces que de la infamia y el hastío resulta cierto bienestar, cierta armonía, que en vano intenta lograr la mayor ternura.

LUISA. — ¡ Ah mancebo !... Te abruma la desgracia, y ¿ quieres ahora empeñarte en merecerla ?

FERNANDO. — (*Colérico, murmura entre dientes.*) ¿ Quién te dijo que sea desgraciado ? Porque lo que es tú, eres muy mala para sentir una emocion... ¿ cómo puedes hablar de la ajena ? ¿ Desgraciado, dices ? Esta sola palabra podria resucitar mi furor en la misma tumba. ¡ Pues no sabia que habia de ser desgraciado !... ¡ Mil rayos ! Lo sabia y me hace traicion... Ves, serpiente... esto era lo único que podia salvarte... Tú misma pronuncias tu sentencia. Hasta ahora pudiste salir ilesa,

atribuyendo tu crimen á la ignorancia; por mi desprecio, casi escapabas á mi venganza. (*Coge el vaso con viveza.*) Así, no fué tanta tu ligereza... no fuiste tan tonta... eres un demonio. (*Bebe.*) Esta limonada está sosa como tu alma. Pruébala.

LUISA. — ¡ Oh cielos ! No sin razon temia esta escena.

FERNANDO. — (*En tono imperioso.*) Pruébala. (*Luisa coge el vaso con pesar y bebe. Apenas lo lleva á los labios, Fernando palidece y corre de súbito á refugiarse en el fondo del aposento.*)

LUISA. — Pues está buena.

FERNANDO. — (*Sin volverse y estremeciéndose.*) Que aproveche.

LUISA. — (*Deja el vaso encima de la mesa.*) ¡ Ah !... si supiera V., Walter, cuán cruelmente me insulta.

FERNANDO. — ¡ Hum !

LUISA. — Tiempo vendrá, Walter...

FERNANDO. — (*Acercándose.*) ¡ Oh ! nada tenemos que hacer ya con el tiempo.

LUISA. — ...En que la noche de hoy pesará sobre su corazon.

FERNANDO. — (*Empieza á pasearse á grandes pasos y con viva inquietud. Se quita la banda y la espada y las echa al suelo.*) ¡ Adios, servicio de la corte !

LUISA. — ¡ Dios mio !... ¿ Se siente V. indispuesto ?

FERNANDO. — Tengo calor... y una opresion... Quiero ponerme á mis anchas.

LUISA. — Beba V., beba V.; esa bebida le refrescará un poco.

FERNANDO. — Verdad... Y tiene buen corazon la perdida. Todas son así.

LUISA. — (*Echándose en sus brazos con amor.*) ¡ Hablar así á tu Luisa, Fernando !

FERNANDO. — (*Rechazándola.*) Aparta, aparta; lejos de mí tus hechiceros ojos... Sucumbo... Ven revesti-

da de tu monstruoso horror, ¡serpiente!... arrójate sobre mí... ¡reptil!... Desplega á mis ojos tus repugnantes anillos; yergue tu cabeza... Muéstrate tan horrible como fuiste al vomitarte el abismo... Que no te vea al menos convertida en ángel... en ángel... ¡Es tarde!... Ahora, fuerza será aplastarte como una víbora... ó la desesperacion... ¡Por piedad!

LUISA.—¡Oh!... ¡Haber llegado á tal extremo!

FERNANDO.—(*Mirándola de soslayo.*) Que esta hermosa obra del Supremo Artista... ¡quién lo hubiera creido!... ¡quién debia creerlo!... (*Le coge la mano, y la eleva al cielo.*) ¡Oh Dios mio!... no quiero preguntarlo... pero ¿por qué tal veneno en tan bello vaso?... ¿Cómo puede mostrarse el vicio con esa dulzura celestial?... ¡Oh!... Es raro.

LUISA.—(*Aparte.*) ¡Oir eso, y verse forzada á callar!

FERNANDO.—¡Y esta voz tan dulce y melodiosa!... ¡Cómo las rotas cuerdas producen tan puro sonido! (*Contemplándola con amor.*) Tan bella, tan proporcionada, tan divinamente perfecta!... ¡Obra de Dios, en un hora propicia!... Diríase que el mundo sólo habia sido creado para que Dios acabara esa obra maestra. ¡Y sólo habia de errar en el alma que le diera! ¿Podia dejar sin defecto esta maravilla? Quizá advertido de que el cincel habia producido un ángel, se apresuró á darle un corazon tanto peor.

LUISA.—¡Criminal obstinacion! Antes que confesar su culpa, se atreve con el cielo.

FERNANDO.—(*Echándose llorando en los brazos de Luisa.*) Luisa, por última vez, por última vez, como el dia de nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, y tus labios encendidos dijéronme por vez primera:... tú... ¡oh, parecióme que aquel instante encerraba el gérmen de un gozo inefable, infinito, como el capullo, la flor. La eternidad se extendia sobre nuestras cabezas, cual hermoso dia de mayo; como

Encenenamiento de Luisa Miller.

amantes esposos, millones de años, risueños, dorados. se deslizaban á nuestra vista... Entonces ¡cuán feliz era! ¡Oh Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has obrado así conmigo?

LUISA.—No llore V., Walter, no llore V. Ese dolor seria más justo que el arrebato.

FERNANDO.—Te engañas. Estas no son lágrimas; no el cálido y delicioso rocío que fluye como un bálsamo sobre las heridas del alma, y renueva la sensibilidad... mis lágrimas, frias y solitarias, son el terrible, el eterno adios á mi amor. (*Con espantosa solemnidad y dejando caer la mano sobre la cabeza de Luisa.*) ¡Llanto que vierto por tu alma, Luisa; por Dios mismo, cuya bondad infinita erró esta vez y pierde la más bella de sus obras! ¡Oh!... Parece como que la creacion entera debiera cubrirse de duelo y turbarse con lo que pasa. Espectáculo comun ver cómo sucumben los hombres y pierden su alma; mas cuando la peste diezma á los mismos ángeles del cielo, es fuerza que la naturaleza entera suelte un grito de consternacion.

LUISA.—Walter, ¡por Dios, no extreme V. las cosas! Me siento con fuerzas como la que más, mas sólo para soportar una prueba humana... Dos palabras y separémonos. Horrible suerte introdujo cierta confusion en el lenguaje de V. Si pudiera hablar, Walter, podria decirte cosas... podria... Pero la suerte cruel ata mi lengua y mi amor, y me veo obligada á dejarme tratar por tí como una perdida.

FERNANDO.—¿Te sientes bien, Luisa?

LUISA.—¿A qué esa pregunta?

FERNANDO.—Porque sentiria por tí, que te fueras de ese mundo con la mentira en los labios.

LUISA.—Por Dios le ruego... Walter.

FERNANDO.—(*Víctima de violenta agitacion.*) No, no; esta venganza seria demasiado satánica; no, Dios me libre de ello. No quiero extremar la venganza más allá

de la tumba. Luisa, ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.—Pregunte V. cuanto se le antoje; yo no he de contestar una palabra. (*Se sienta.*)

FERNANDO.—Piensa en tu alma, Luisa... ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.—No diré una palabra.

FERNANDO.—(*Se arroja á sus piés vivamente conmovido.*) Luisa, ¿has amado al Mariscal?... Antes que se extinga esta luz, habrás comparecido ante Dios.

LUISA.—(*Levantándose con espanto.*) ¡Jesus mio!... ¿Qué es?... ¡Ah! ¡Qué mal me siento! (*Cae sobre la silla.*)

FERNANDO.—Ya... ¡Oh mujeres, eterno enigma! Vuestros frágiles miembros soportan el crímen que devora á la humanidad en sus raíces, y un miserable grano de arsénico os derriba al suelo.

LUISA.—¡El veneno!... ¡el veneno!... ¡Dios mio!

FERNANDO.—Temo que sí. Tu vaso de limon fué sazonado en el infierno. Con beberlo, bebiste la muerte.

LUISA.—¡La muerte! ¡la muerte!... ¡Dios de misericordia!... Estaba envenenado el vaso... la muerte... ¡Ten piedad de mi alma, Dios mio!

FERNANDO.—Eso es lo esencial. Tambien yo se lo pido.

LUISA.—Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo!... Mi pobre padre perdido... ¿No hay salvacion?... ¡Tan jóven y no hay salvacion, y será forzoso partir!

FERNANDO.—No hay salvacion. Es forzoso partir. Pero tranquilízate, pues haremos el viaje juntos.

LUISA.—¿Tú tambien, Fernando? ¿Te has envenenado, Fernando... por tu propia mano? ¡Oh Dios, perdónale... Dios de clemencia, libértale de ese pecado!

FERNANDO.—Cuida de arreglar tus cuentas con Dios... me temo que no se hallen en muy buen estado.

LUISA.—¡Fernando!... ¡Fernando!... Ahora ya no puedo callarme... La muerte... la muerte rompe todo juramento... Fernando... No existe criatura más desgraciada que tú en el mundo... Muero inocente, Fernando.

FERNANDO.—(*Con espanto.*) ¿Qué dice?... En tan supremo instante no se miente.

LUISA.—Yo no miento nunca, no miento nunca. Sólo he mentido una vez en mi vida... ¡Ah! siento cundir por mis venas frio glacial... Cuando escribí la carta al señor...

FERNANDO.—¡Ah! ¡la carta!... Dios sea alabado. Recobro toda mi firmeza.

LUISA.—(*Se le entorpece la lengua, y se le envaran los dedos.*) Esta carta... Prepárate á oir una abominable palabra... Escribió mi mano lo que reprobaba mi corazon... tu padre la dictó. (*Fernando, inmóvil y como petrificado, tras breve pausa, cae de golpe como herido del rayo.*) ¡Oh deplorable error!... Fernando... Violentaron mi voluntad... tu Luisa hubiera preferido la muerte... pero mi padre... el peligro... obraron con traicion.

FERNANDO.—(*Con acento terrible.*) ¡Gracias, Dios mio!... No siento aún el efecto del veneno.

(*Tira de la espada.*)

LUISA.—(*Flaqueando cada vez más.*) ¡Oh desdicha! ¿Qué pretendes hacer? Es tu padre.

FERNANDO.—(*En un acceso de rabia.*) ¡Asesino, y padre de un asesino! Es fuerza que sea de la partida, para que Dios castigue sólo al culpable.

(*Hace que se va.*)

LUISA.—¡Dios moribundo perdonó!... ¡Perdon por tí y por él! (*Muere.*)

FERNANDO.—(*Se vuelve, repara en su último movimiento, y cae de rodillas delante de ella.*) Detente, detente... ¡No me huyas, ángel del cielo! (*Coge su mano*

y la deja caer.) ¡Fria, fria y húmeda... Voló su alma. (*Se levanta.*) Dios de mi Luisa... perdon, perdon por el más insensato asesino... Esta fué su última plegaria. ¡Qué hermosa y hechicera! La muerte enternecida respetó su adorado rostro. ¡Ah!... No era una máscara su dulzura, pues subsiste despues de muerta. (*Pausa.*) ¿Pero cómo?... ¿Por qué no siento nada? Tal vez me salve la fuerza de mi juventud. ¡Oh pena inútil!... No es esto lo que quiero. (*Coge el vaso.*)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, el PRESIDENTE, WURM y algunos criados se precipitan en la sala con espanto seguidos de MILLER, pueblo y alguaciles que se quedan en el fondo.

EL PRESIDENTE. — (*Con la carta de Fernando en la mano.*) ¿Qué significa esto, hijo mio?... Jamás creyera...

FERNANDO. — (*Arrojando el vaso á sus piés.*) Pues mira. ¡Asesino!

EL PRESIDENTE. — (*Tambaleándose. Los demas, espantados. Terrible silencio.*) ¡Hijo mio! ¿Por qué has hecho esto?

FERNANDO. — (*Sin mirarle.*) Sí; realmente. Debia preguntar antes al hombre de Estado, si el golpe se conformaba con sus designios. La cábala que habia de romper los lazos de nuestros corazones, por medio de los celos, estaba admirablemente urdida, lo confieso. ¡Calculado por quien lo entiende! Lástima que el amor enfurecido no obedece á tales resortes, como un maniquí.

EL PRESIDENTE. — (*Mirando á los que le rodean.*) ¿No habrá quien llore por un padre sin consuelo?

MILLER. — (*Dentro.*) ¡Dejadme entrar! ¡Por Dios!... dejadme!

FERNANDO. — Esta muchacha es una santa... otro debe quejarse por ella. (*Abre la puerta á Miller, que entra con el pueblo y la policía.*)

MILLER. — (*Con horrible angustia.*) ¡Hija mia! ¡hija mia! Envenenada... dicen... ¡Has sido arrebatada! Hija, ¿dónde estás?

FERNANDO. — (*Le lleva entre el cadaver de Luisa y el Presidente.*) — Yo soy inocente. Agradécelo á éste.

MILLER. — (*Cayendo al suelo.*) ¡Jesus!

FERNANDO. — Sólo te diré breves palabras, padre, que ya empiezan á valer algo para mí. Mi vida me ha sido pérfidamente robada, y robada por tí. ¿Cómo me presentaré ante el tribunal de Dios? Tiemblo de ello. Y sin embargo, yo no he sido nunca un miserable. Sea la que fuere mi sentencia, no recaiga, por Dios, sobre ella sola... Pero he cometido un asesinato, (*con terrible acento*) un asesinato, del que tú no querrás que responda yo solo ante el Juez Supremo. Echo solemnemente sobre tí la mayor y más espantosa parte de culpa. Cuida tú de justificarte á tu modo. (*Llevándole junto á Luisa.*) ¡Bárbaro!... goza del fruto de tu habilidad. La muerte ha escrito tu nombre sobre este rostro, y el ángel exterminador lo leerá en él. Así turbe tu sueño y tire las cortinas de tu alcoba, cuando duermas, vision parecida á esta mujer. Así se te aparezca cuando espires y disipe en tus labios tu última plegaria! Así la veas junto á la tumba cuando resucites, y junto á Dios cuando vaya á juzgarte! (*Se desmaya: los criados le sostienen.*)

EL PRESIDENTE. — (*Con violenta emocion elevando las manos al cielo.*) ¡Oh Dios mio!... no me pidas cuentas de estas almas á mí, no... no á mí, sino á este hombre. (*Señalando á Wurm.*)

WURM. — ¿A mí?

El Presidente. — A tí, maldito, á tí, Satanás... Tú me diste este endiablado consejo... tú debes responder de él. Yo me lavo las manos.

Wurm. — ¿Yo? (*Con risa espantosa.*) Pues está gracioso, está gracioso. Ahora averiguo cómo se agradecen los favores entre los condenados... ¿Yo?... ¡Imbécil!... ¡canalla!... ¿Era por ventura mi hijo?... ¿Era yo tu amo?... ¿Yo debo responder? Por este cadáver que hiela la sangre, juro que acepto esta responsabilidad. Quiero perderme, pero te perderás conmigo. ¡Vamos allá! Vé gritando por las calles ¡al asesino! y despierta á la justicia. Aquí, alguaciles... Atadme y llevadme fuera; voy á denunciar secretos que erizarán los cabellos de quien los oiga. (*Intenta irse.*)

El Presidente. —(*Deteniéndole.*) No lo harás ¡insensato!

Wurm.—(*Golpeándole la espalda.*) ¡Vaya si lo haré!... camarada... ¡vaya si lo haré! Soy loco... es verdad... pero á tí lo debo... voy á obrar como loco. Vamos cogiditos del brazo al cadalso, al infierno. ¡Cuánto me lisonjea condenarme contigo! (*Se lo llevan.*)

Miller.—(*Que durante esta escena habrá permanecido con la cabeza apoyada en el seno de Luisa, absorto en su mudo dolor, se levanta rápidamente y arroja la bolsa á los piés del Mayor.*) ¡Envenenador!... Guarda tu dinero maldito: ¿querias así comprarme mi hija? (*Se va precipitadamente.*)

Fernando. —(*Sollozando.*) Seguidle; está desesperado; devolvedle ese dinero, precio de mi gratitud. ¡Luisa! ¡Luisa!... voy... ¡Adios!... Déjame espirar en ese altar.

El Presidente. —(*Volviendo de su estupor.*) ¡Hijo mio!... ¿No volverás tus ojos un instante á un padre desesperado? (*El Mayor estará junto á Luisa.*)

Fernando. — Esta postrer mirada pertenece al Dios de misericordia.

El Presidente. —(*Cae á sus piés víctima de horrible tortura.*) Dios y los hombres me abandonan; ¿no volverás á mí tus ojos para darme un postrer consuelo? (*Fernando le tiende la mano, él se levanta.*) ¡Me ha perdonado! (*A los demas.*) Ahora soy vuestro prisionero. (*Se va seguido de la policía. Cae el telon.*)